

# CANCIONES PARA UN VELERO

Eduardo RUIZ MAÑOGIL



*Si me preguntáis cómo murió, os contaré cómo vivió.*

*(El último samurái).*



LGO me decía en mi interior que aquella sería la última vez que lo vería. Triste, desarbolado, amarrado a unos norays que no comprendían que los crujidos que llegaban hasta ellos a través de las estachas deshilachadas y mohosas eran en realidad los lamentos que desde lo más profundo de sus oscuros y silenciosos sollados lanzaba a los cuatro vientos aquel viejo lobo de mar.

Y sin embargo, hubo un tiempo en que fue orgullo de nuestra Armada y paseó la bandera de España con gallardía por las aguas azules del Atlántico, con los futuros contramaestres trepando con agilidad por las jarcias, desplazándose velozmente sobre los marchapies y baldeando la cubierta, mientras le cantaban las más bellas canciones que jamás se le han dedicado a barco alguno.

En aquel momento, sin más testigos que mi viejo amigo y el cielo plumizo de Ferrol, me hice una promesa mientras lo contemplaba con tristeza y desfilaron por mi mente retazos de una añorada juventud transcurrida entre sus baos y cuadernas, al son de toques de silbato y maniobras generales. Si alguna vez encontraba un poco de inspiración, trataría de reflejar en unos renglones todo el cariño que muchos de nosotros llegamos a profesarle.

A pesar de la dureza de aquellos años, en los que con demasiada frecuencia llegaba a confundirse la crueldad con la disciplina, nuestro barco era ante todo el hogar y la escuela que nosotros habíamos escogido y del que esperábamos salir al cabo de dos años con el ansiado galón de cabo segundo de Maniobra prendido sobre la manga, con las plantas de los pies encallecidas y las manos agrietadas, con el corazón más fuerte y siendo ya más hombres que niños.

Cuando la noche del 14 de marzo de 1956 traspasé el portalón y pisé por



Buque escuela *Galatea*.

primera vez la cubierta de madera de aquel bergantín-goleta, si alguien me hubiese dicho que más de cincuenta años después yo recordaría ese momento como uno de los más importantes de mi vida, posiblemente lo hubiese tomado por loco, pues mi memoria aún se estremece con aquellos instantes en los que en mi corazón solamente tenía cabida la soledad y el temor a lo desconocido.

Al amanecer del día 15 el cornetín de órdenes lanzó al aire las notas del toque de Br. y Er. de guardia y el buque escuela enfiló la ría de Ferrol para iniciar un crucero de instrucción que finalizaría el 15 de julio y durante el cual visitaría los puertos de Las Palmas de Gran Canaria, San Juan de Puerto Rico y punta Delgada. Un violento tempo-

ral nos sorprendió a los pocos días y estuvo a punto de hacer naufragar nuestro velero, al igual que había hecho con el buque escuela alemán *Pamir*, hundido en las aguas del archipiélago de las Azores.

No deja de ser curioso que después de tantos años puedan conservarse en la mente situaciones y personas tan lejanas y que sin embargo parezcan cosas ocurridas ayer mismo. Cierro los ojos, dejo volar la imaginación y veo al capitán de fragata don Ramón Liaño de Vierna, comandante del buque, paseando por cubierta junto al segundo comandante, el capitán de corbeta don José Lorenzo Rey-Díez, y al capellán don Abilio Piédrola, enfundado en su enorme y negra sotana. También me parece estar viendo a todos y cada uno de aquellos contra maestres, duros, competentes, profesionales hasta la médula y con toda probabilidad una de las más cualificadas plantillas con que ha contado la Marina: don Jesús Freire, don Saturnino Serantes, don Robustiano Álvarez, don Antolín Vila, don Pablo San Emeterio, don Pedro Jiménez, don Vicente Costa y tantos otros de los que seguramente me olvidó comprensiblemente tras más de medio siglo transcurrido.

Durante dos inolvidables años permanecí a bordo, y lo que para mí fue el

comienzo de mi vida en la Armada, para él significó el principio del fin de la suya. Muy poco tiempo después, cargado de trienios y de achaques, cansado y sin páginas ya que rellenar en su manoseado cuaderno de bitácora, dejó de navegar.

A pesar de su honroso historial y de una hoja de servicios intachable, cuando le llegó la hora de causar baja en la Lista Oficial de Buques de la Armada se vio obligado a soportar injustas y crueles humillaciones. Las mismas aguas que tantas veces había surcado con sus velas desplegadas al viento, lo vieron pasar arrastrado como un guiñapo, como un fantasma salido de otros tiempos en los que su airosa silueta llegó a ser conocida y admirada por todos. Desde las monjitas de San Juan de Puerto Rico, que lo saludaban con entusiasmo agitando la bandera de España, hasta los habitantes de Pernambuco, a quienes visitó y con los que compartió algunos días de descanso.

Como él, yo también causé baja en la lista de la Armada, y lo cierto es que ignoro si mi viejo y querido amigo continúa amarrado a los norays de la Estación Naval de La Graña o si tal vez ha sido incinerado y sus cenizas esparcidas por el Atlántico, por ese océano del que, como dice una de las canciones a él dedicadas, nunca salió.

Sea como fuere, siempre lo recordaré como el bello barco que fue y guardaré en lo más profundo del corazón todas y cada una de las canciones que autores desconocidos escribieron para él y que tantas jóvenes gargantas le cantaron con el entusiasmo y la alegría de los diecisiete años. Posiblemente haya sido el buque de nuestra Armada que mayor inspiración despertó a la hora de escribirse bonitas letras que ensalzaran su estampa marinera, su belleza, su gallardía.

Letras que paliaron también muchas horas de morriña a las numerosas promociones de especialistas que olvidaban, aunque fuera tan sólo por unos momentos, sus privaciones y fatigas mientras entonaban el «¡Oh, *Galatea*, tú eres el barco mejor...!»), sentados alrededor de una vieja mesa de madera del bar La Uva y saboreando una buena taza de Ribeiro.

De sus canciones recuerdo una con especial cariño y con la que quiero despedirme para siempre de él. Se cantaba con música de *La Madelón* y dice así:

*Al descansar de la dura pelea  
que sostuvimos todos con el mar,  
en tres meses de crucero, Galatea,  
navegar, navegar, navegar.  
Todos marchamos muy contentos,  
todos cantamos con amor  
a esa tierra que añoramos  
y llevamos en el corazón.  
Ya venimos del mar,*

*vamos a descansar,  
vamos a descansar,  
volvemos al hogar.  
Cantemos pues todos al Galatea  
donde viví amarguras e ilusión,  
mi velero qué solo te quedas,  
siempre te recordaremos con amor.  
No olvidaremos viejos tiempos  
de aventuras sin igual,  
cuando amenazaban los vientos,  
cuando rugía el temporal.  
Ya venimos del mar,  
vamos a descansar,  
vamos a descansar,  
volvemos al hogar.  
Cantemos pues todos al Galatea.*

Y con mejor intención que estilo, no cabe duda, he tratado de cumplir aquella antigua promesa que le hice a uno de los más queridos y entrañables buques de nuestra Armada, el buque escuela *Galatea*. Si lo he conseguido o no, deben ser ustedes, amables lectores, quienes lo juzguen.

**N. de la R.**—Lamentablemente, todos los intentos por mantener el *Galatea* en nuestro país como museo flotante fueron infructuosos, y fue el Reino Unido el que se hizo con el barco en 1993 para acondicionarlo y mostrarlo en el puerto de Glasgow —lugar donde fue botado en 1876— con su nombre original *Glenlee*.

